

El agua: un tema literario y folklórico en la Comarca del Jiloca

Francisco Lázaro Polo

Con el agua saciamos la sed, nos lavamos, regamos los campos, producimos energía, practicamos deporte, jugamos... Pero con el agua también creamos arte y llevamos a cabo ritos ancestrales cuyo significado, a veces, se nos escapa del pensamiento y de las manos. De eso mismo vamos a reflexionar en las líneas que siguen a continuación: del agua en la literatura, utilizada por escritores vinculados a la Comarca del Jiloca; y del agua en el folclore, practicado en la zona geográfica referida. En definitiva, intentamos realizar un análisis divulgativo de las relaciones entre el agua y la literatura y el folclore. En modo alguno, pretendemos adentrarnos en una empresa científica y exhaustiva del tema en cuestión.

Para empezar, señalaremos un hecho evidente. Como el de que son numerosas las veces que el agua ha aparecido y aparece en la literatura y el folclore como motivo o como tema, como símbolo o como elemento tangible, material, que nos evoca planos inmatrimiales y espirituales que solo podemos captar con la razón o con el sentimiento. Cuando esto ocurre, comprendemos que el agua no solo sea un líquido que tenemos delante de nuestras narices; algo que remedia la sed, que riega los campos, que produce energía. Sino que el agua es también otras muchas cosas: muerte, vida, esperanza, purificación, sosiego, magia, recuerdo, añoranza... Y no debe extrañarnos. Porque desde la misma noche de los tiempos, el hombre que habitaba la ribera del Jiloca, como el de cualquier otro punto de la tierra, consideraba al agua como algo sagrado, una divinidad a la que debe rendir culto, de la misma forma que a los árbo-



les, a los montes, a las piedras, a los animes, a la luna o al sol. A toda una serie de formas naturales de lo más elemental e inmediato, pero que está claro, que para el hombre primitivo encierra en sus entrañas innumerables significados que es preciso desentrañar.

Desde antiguo el agua es símbolo cosmogónico, receptáculo de todos los gérmenes, origen de toda gestación y evolución, sustancia mágica y medicinal por excelencia¹. En estas concepciones insisten estudiosos como el rumano Mircea Eliade, para quien el agua es, además de origen de la vida, vida misma. Algo que perfectamente podemos comprobar en diferentes versos de poetas de distintas épocas y de los más diversos lugares. En ese sentido se concibe el río de Jorge Manrique como la vida misma; como lo era también para Heráclito, o como lo era también la fuente para Antonio Machado. Vida es, asimismo, –no en vano se trata de un ser vivo– el río Jiloca, el milenar cauce que identifica toda una tierra, toda una comarca, como se colige de la lectura de versos de poetas autóctonos de la zona. Basta recordar a Adelino Gómez Latorre, poeta de Caminreal, cuando escribe:

“El Jiloca nace en Cella
y se amamanta en Monreal,
para nutrirse de nuevo
al pasar por Caminreal”².

Desde la comentada perspectiva manriqueña, el agua del río Jiloca es, en Gómez Latorre, “*vida*”, como lo es en los versos de otros poetas de la Comarca. Otras aguas, sin embargo, como las del Jalón, destino en el que desemboca el Jiloca, y, sobre todo, las aguas del mar, a las que van a dar todas las de casi todos los ríos, serán símbolo de “*muerte*”. Sirven como ejemplo de lo que acabamos de decir versos que Gregorio F. Jiménez Salcedo dedica al río Jiloca, en un poema homónimo titulado *Balada del Jiloca*. En dicha composición, las aguas se perciben como elementos que fluyen, al igual que la vida, caminando derechas hacia los brazos de su verdugo, el río Jalón, rumbo a su sepulcro: el mar. Con idéntica peripecia vital que la del ser humano, anegada de inequívocos planteamientos existenciales que nos traen a la memoria los nombres de pensadores como a Jean Paul Sartre, el Jiloca transita ignorante, con su “*agüita clara*”, inocente, surcando el cauce de la vega, desconociendo su origen y su destino final:

(1) ELIADE, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, México, Editorial Era, 1975, p. 182.

(2) *Nuevas estampas baturras*, Valencia, Imprenta Nacher-Milagro, 1973, p. 200.

“Y tu loco corazón
y esa tu cabeza loca,
te precipitan, Jiloca
a morir en el Jalón”³.

Y es que el río y, por extensión, el agua, en general, adquieren también en los poetas de la Comarca del Jiloca un simbolismo de raigambre plenamente femenina, maternal, protectora, semejante a lo que ocurre en la poesía de Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, en la lorquiana⁴. Basta para comprobar lo que decimos la lectura de algunos versos de poetas como Enrique Villagrasa, un escritor natural de Burbáguena, en cuya obra poética aparece el Jiloca, su río, como él mismo lo llama y considera, cual tema obsesivo y recurrente, íntimamente unido a su pueblo:

“Burbáguena, su Jiloca:
ahí revierte la vida
que, como crisálida,
amanece en quimera cada día”⁵.

Reparemos en que, a pesar de la aparente sencillez, la riqueza semántica del agua y del río nos lleva a la conclusión de que estamos en presencia de símbolos polivalentes y polisémicos, muchas veces, contradictorios, algo que puede comprobarse en la poesía, antes mencionada, de García Lorca, perfectamente extrapolable a la lírica de los poetas de la Comarca del Jiloca, corpus poético en el que unas veces el elemento acuático es vida y otras, muerte. Y es que, en el contexto cultural en el que nos movemos, si vida es el río en la poesía de Enrique Villagrasa, connotaciones de muerte rebosa el concepto en poemas de Gregorio F. Jiménez Salcedo, el otro poeta que ya trajimos a colación, así como en algunas estrofas de Gregorio A., en este caso, rapsoda originario de la Sierra de Albarracín, concretamente de Griegos, escritor que también dedica, dentro de su obra, algunos poemas a las tierras del Jiloca, río al que denomina con el mismo nombre con que lo hacía Marcial, el poeta de Bilbilis: *el Xilaos*. Una corriente, en certera metáfora de Gregorio-A., “*espada que divide un manto de riberas*”, semejante al Duero en la lírica de Gerardo Diego. Porque el Xilaos poético es una corriente de sentimientos, no en vano es capaz de llorar con la misma pena que lo haría un ser humano, en un momento de lo más ingrato para la Comarca, como es aquel en el que murió una leyenda de las tierras del Jiloca: el jotero Peribañez, de Monreal del Campo. Así plasma el poeta de Griegos, Gregorio-A, ese momento dramático:

(3) Revista Xiloca, 7, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1991, pp. 307-308.

(4) Puede consultarse el libro de Carlos Feal Deibe, *Eros y Lorca*, Barcelona, Edotira y Distribuidora Hispano Americana, S.A., 1973, pp. 19-30.

(5) Revista Xiloca, 2, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1987, p. 250.

“Que las flores del zafrán
vistan color de tormento
y el Jiloca –flor y azúcar–
en Cella desde su lecho,
lleve sus aguas amargas
por las lágrimas de suelo”⁶.

Está claro. De habitual humana, todavía se humaniza más el agua del río con la presencia de la muerte, sobre todo ante la muerte que se lleva consigo a un juglar al que tantas veces el río de la fruta, el Jiloca, escuchó cantar. Y es entonces cuando el agua, también habitualmente dulce, ante el dolor que supone la pérdida de un ser querido, se torna amarga. Y no hay nada más amargo que la muerte.

Por la historia de la filosofía conocemos que el agua era para los pensadores presocráticos uno de los cuatro elementos –los otros eran el aire, la tierra y el fuego– que componían el cosmos. De ellos, también el agua era considerada el elemento más quebradizo y desprotegido de este mundo. La experiencia demostraba que la tierra era inmensa; el aire, inasible; el fuego, incorruptible. Sólo el agua podía ser maculada y enturbiada. En la literatura, podemos comprobarlo en el célebre romance de *Fontefrida*. Algunos intelectuales han comparado al agua con el alma⁷, una idea que aparece temprana en el Génesis. Porque es allí donde se nos informa de que, en el origen, antes de que la Tierra fuese creada, el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Eso explica que el agua sea sagrada y que purifique el cuerpo y el alma. Lo comprobamos en el Cristianismo, una religión en la que el bautismo se realiza con agua, elemento santo, estrechamente ligado a distintos santos y santuarios. Basta recordar, en el contexto geográfico en el que nos estamos moviendo, el vínculo existente entre el agua milagrosa y la figura del padre Selleras, un franciscano de Torre los Negros. Varias son las fuentes y manantiales que este fraile taumaturgo hizo brotar golpeando la tierra con su bastón. Además, nos encontramos ante la persona que, según cuenta la tradición, fue la que descubrió las bondades y cualidades del agua medicinal que se encuentra en el término de lo que hoy es Segura de Baños.

Y hablando de hagiografías, tampoco está de más, en este momento, traer a colación la memoria de un santo que atravesó las tierras del Jiloca, en un viaje iniciático, cuyo destino era Valencia. Acompañaba al obispo san Valero y no era otro que san Vicente, uno de los patronos de Huesca. Cuenta la tradición que, al pasar por Collados, ambos santos tuvieron sed, pero fue el oscense, Vicente, el que hizo manar una fuen-

(6) GÓMEZ DOMINGO, Gregorio A., *Un lugar para el amor*, Teruel, Aragón vivo, 2002. p. 36.

(7) CIRLOT, Juan-Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Labor, S.A., 1981, p. 54.

te en la que los dos saciaron la necesidad que tenían; una fuente que, a lo largo de los años, ha sido considerada como lugar milagroso. El prodigio ocurría a principios del siglo IV, siglo en el que se aceptaba el carácter sagrado de las aguas, como antes ya lo habían aceptado los pueblos paganos prerromanos. Un hecho ante el que el Cristianismo no le iba a quedar otro remedio que tolerar, cristianizando el culto acuático, no sin antes entablar encarnizada batalla que, iniciada en el siglo IV, duraría hasta el XIII, concluyendo con el Concilio de Tréveris.

Poco a poco, con el paso del tiempo, irán surgiendo templos y santuarios, como antaño lo habían hecho oráculos paganos, en torno a fuentes y ríos, a cuyas aguas se les atribuyen propiedades prodigiosas. Valen como ejemplos algunos extraídos de la zona en la que nos encontramos: Nuestra Señora del Mar, en Olalla; Nuestra Señora de Dos Aguas, en Calamocha y Nuestra Señora de los Navarros, antes Virgen de la Fuente, en Fuentes Claras⁸. Pero el agua no solo es milagro, prodigio, purificación, remedio que reconforta. El agua es también algo vital, sobre todo para una sociedad agraria como tradicionalmente ha sido la de la Comarca del Jiloca. El agua es signo de bendición. Por eso, su falta o escasez trae de la mano el hambre y la miseria. De ahí que rara sea la Virgen de los distintos pueblos de la Comarca del Jiloca que en sus Gozos o en sus rogativas no recoja la petición de agua para los campos que realizan sus devotos. Lo podemos comprobar en uno de estos Gozos, los dedicados a la Virgen de las Cuevas, patrona de Caminreal:

“Del campo la producción
a tu gran poder se debe;
por eso cuando no llueve
se acude a tu intercesión,
para que tu protección
sobre Caminreal concedas
.....”⁹

Llegados a este punto, no sería justo olvidar que, además de fuentes y de ríos, cerca de la ribera del Jiloca, en una tierra sin mar como es Aragón, podemos encontrar uno muy especial: la laguna de Gallocanta —“¡Laguna de Gallocanta! Eres lo mismo que el mar”, dirá Adelino Gómez Latorre¹⁰, esa diosa en muchas ocasiones terrible para los labriegos que viven en sus alrededores por estar ubicada en el espacio en el que, según ellos, se forman las temibles tormentas de granizo que arrasan sus cosechas. Espacio grato, sin embargo, este de la laguna para animales como las grullas y otras

(8) LÁZARO POLO, Francisco, Crónica del Teruel extraño, Zaragoza, Ibercaja, 1999, pp. 207-216.

(9) GODOY, Augusto, Notas históricas y Novecenario de Nuestra Señora de las Cuevas, Zaragoza, Imprenta Berdejo Casañal, 1932.

(10) Romancero aragonés, Valencia, Imprenta Renacimiento, 1945, p. 168.

especies, por servirles de cobijo y de morada. Y espacio sagrado para las antiguas tribus célticas que habitaban esas tierras¹¹. Hablaremos más adelante de ella. Antes creemos conveniente profundizar un poco más en el carácter sagrado del agua. Al hilo del cual no está de más recordar cómo ya en La Teogonía de Hesíodo los dioses olímpicos cuando juraban, porque así lo aconsejaba el padre de todos ellos, Zeus, lo hacían por las aguas del Estigia, el río que volvía invulnerable al que se bañaba en él. En caso de no cumplir sus juramentos, las deidades eran privadas por un año de respiración, del néctar y de la ambrosía. Además de separarles, a lo largo de nueve años, de todos los privilegios que conllevaba su condición divina. Casi como una imagen primordial del inconsciente colectivo, estudiado por Jung, los juramentos de los dioses por el Estigia los recuerda, como una especie de ritual, Enrique Villagrasa, el poeta de Burbáguena, en versos que destilan un inconfundible tufillo kavafiano:

“Por el agua juraban los dioses,
Estigia la llamaban los poetas,
mas por Dioniso
desafías a la memoria”¹².

Sin duda alguna, uno de los grandes especialistas que han relacionado la imaginación poética con el mundo exterior ha sido el pensador francés Gaston Bachelard, un filósofo que concibe el agua como un símbolo de vida y pureza. De idéntica forma a los poetas del Jiloca, Bachelard siente melancolía ante las aguas dormidas. Unas aguas con las que identifica dos complejos que, según él, dominan a los seres humanos: el de Caronte y el de Ofelia. Complejos que, según el pensador francés, empuja a los miembros de la raza humana a desaparecer en un horizonte lejano; llevándolos a asociarse a la infinitud¹³. No cabe duda de que los ríos van hacia el mar como la vida se dirige hacia la muerte. Simbólicamente, el destino humano busca su imagen en el destino de las aguas. Algo que perfectamente comprobable en la poesía de Enrique Villagrasa.

Íntimamente conectado con el carácter sagrado de las aguas está su propiedad purificadora. La encontramos en el Cristianismo. El agua limpia el cuerpo y, de ese modo, lo purifica. El agua bendita del sábado santo se utiliza para rociar las paredes de los hogares de los creyentes que habitan las tierras de la Comarca del Jiloca. De ese modo, las moradas se purifican y se preservan del mal. Pero no solamente en el Cristianismo, sino también en otras creencias y religiones podemos encontrar la purificación y la limpieza como propiedades destacadas del agua. Algo que se deja

(11) GARCÍA DE LA ROSA, A., *El canto de la Laguna*, Zaragoza, Mira Editores, 1999.

(12) *Fragmentos, Cambrils*, Trujal Ediciones, 1998.

(13) *El agua y los sueños*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 25.

entrever en abundantes prácticas religiosas y en determinados rituales. También la pureza acuática aparece reflejada en versos de poetas del Jiloca. Una pureza que se extiende a las aguas de la laguna de Gallocanta, escenario lírico de Ignacio Calvo Berbegal. Un hecho que no debe extrañarnos, ya que se trata de un elemento que identifica el paisaje, vinculado a ciertos animales considerados en muchas religiones y culturas como sagrados. Tal es el caso del gallo. Amén de referirse el poeta a dicho espacio como símbolo de fertilidad¹⁴. Y es que la laguna es un espacio mágico en el que se concitan y aglutinan multitud de connotaciones religiosas y míticas, deducidas e intuitas a partir de un buen número de objetos, topónimos y animales. En definitiva, Gallocanta es un lugar de encuentro entre lo sagrado y lo profano, la realidad y la fantasía, la racionalidad y el mito. Y así lo contempla Calvo Berbegal en un poema titulado precisamente *La laguna*:

“Mar inmaculado,
espejo de Venus
que alienta la calma,
el espacio en azul”¹⁵.

Un espacio en el que destaca y deslumbra el agua –antes, cuando la había, más que ahora–; el agua quieta, en cuyas profundidades se levantan suntuosas ciudades, hermosos palacios y se guardan fabulosos tesoros; un espacio habitado por poderosas divinidades y fantásticos animales. En este sentido, Calvo Berbegal, refiriéndose al agua sagrada de la laguna escribe:

“Tibia en la orilla
intocable blandura
deshecha en profundo
gris, verde vibrante
removido en cenizas”¹⁶.

Por lo que no está de más, en este momento, recordar la relación de los dos colores –el gris y el verde–, aludidos en los versos anteriores, con el color propio de la materia prima de las cosas y con la fuerza creadora de la tierra. Explican en parte la visión seductora de lo que significa ese espacio tan singular que es el de la laguna de Gallocanta. Un espacio de vida, pues contiene agua y cobija aves que, en ciertas mitologías, conducen las almas humanas hasta los dioses. Un espacio que es mar en una tie-

(14) GARCÍA DE LA ROSA, A., Ob. cit., pp. 60-62.

(15) Revista Xiloca 11, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1993, pp.255-260.

(16) *Ibidem*.

rra sin mar. Y el mar es el símbolo de la génesis¹⁷. Porque del agua surge la vida y los dioses. En ella habitan ondinas y ninfas, como esas cuyos susurros todavía pueden escucharse en los alrededores de los Ojos de Monreal del Campo y que son los de dos mujeres que allí moran desde hace muchos siglos. Lo cuenta una leyenda, un hermoso ejemplo de literatura oral, que es como sigue:

“Un alcaide que regía el castillo de Daroca tenía una hija muy hermosa. La muchacha siempre andaba acompañada de una camarera a la que siempre solía expresarle un ferviente deseo: el de que, un día, apareciese un caballero en su vida que la amara y la llevase a recorrer tierras lejanas en las que creciesen limoneros. Su padre, consciente de la belleza de la joven y con muy pocos escrúpulos, tenía sus propios planes para ella. Con el fin de obtener más poder que el que tenía, ofreció la mano de su hija a aquel caballero que le proporcionase más tierras o que le consiguiese más oro. Cuando la muchacha se enteró de las ruines intenciones de su padre, habiendo pensado siempre escoger el marido libremente, acompañada de su fiel servidora, se escapó del alcázar de Daroca, rumbo a tierras valencianas, donde crecen limoneros y el mar irradia un adorable perfume. Pero era tal el galope de los caballos, que conducían la carreta que transportaba a las dos mujeres, que, al pasar por los parajes por los que discurren esos manantiales conocidos con el nombre de los Ojos del Jiloca, cerca de Monreal, las sedientas bestias se precipitaron sobre las cristalinas aguas, perdiéndose para siempre en las profundidades y llevando consigo a las dos jóvenes. Y desde entonces, se escuchan en los alrededores de los Ojos voces y susurros que pertenecen a las dos mujeres que, en busca de la libertad, un día partieron a tierras de Levante”¹⁸.

A algo tan sublime como es el sentimiento del amor también anda unida el agua. De ese modo aparece en la línea más tradicional de romancero. Lo hace en diversos versos de Adelino Gómez Latorre, más concretamente en aquellos que forman parte del poema *Instantánea rural*. En él una hermosa joven, cuyo escote parece “luna otomana” busca la luna:

“Mira como brilla el agua
que cae al abrevadero;
pon bajo el chorro tu cántaro
que debe estar muy sediento”¹⁹.

(17) C. G. JUNG, *Símbolos de transformación*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1982, p. 230.

(18) LÁZARO POLO, Francisco, *El bardo de la memoria. Mitos, leyendas y narraciones turolenses*, Teruel, Aragón Vivo Ediciones, 2006, p. 183.

(19) Romancero aragonés, p. 96.

Asimismo, en otras composiciones de la misma obra, el río, en este caso el Jalón, se muestra como el galán a quien espera la dama para saciar su deseo amoroso. Eso es lo que se dice en *Los besos que da el Jalón*:

“Canta con tu voz de cauce,
que una moza está esperando
que con tus aguas azules
le des un beso en los labios”²⁰.

Se completa la escenografía amorosa con unos árboles, abundantes en el ecosistema de la ribera del Jiloca y mudos testigos de su historia: los chopos. Unos árboles que siempre miran al río, el mismo y distinto a la vez, como el de Heráclito, y cuyas cortezas, al igual que los álamos machadianos están grabadas de nombres de enamorados:

“Los chopos de la ribera
que se miran en el río
tienen grabados dos nombres:
el nombre tuyo y el mío”²¹.

De nuevo la poesía de Enrique Villagrasa, el poeta de Burbáguena, ejemplifica el encuentro amoroso, al lado de la fuente, esa situación arquetípica que tantas veces nos la encontramos en el romancero y en las cancioncillas de tipo tradicional:

“Ya no recuerdo ni aquella noche en la fuente, cuando apareciste y tan sola que las piedras del río gemían debajo de tu espalda y se clavaban en mis codos y rodillas...”²².

Pero no solo en esa literatura popular y tradicional, también, en muchos pasajes de la Biblia, los pozos y manantiales son los lugares donde se producen los encuentros esenciales entre los seres humanos. Cerca de estos espacios acuáticos es donde nace el amor y se preparan matrimonios²³.

En otro sentido, los ríos se relacionan con el recuerdo. De cuando en cuando, estos testigos mudos de la historia sienten nostalgia de momentos pasados, a los que contemplan con cierta actitud elegiaca. Frecuentemente, los utiliza el ser humano para conectarlos con el tiempo o con el paraíso de la infancia. Es entonces cuando el agua

(20) *Ibidem*. p. 190.

(21) *Nuevas estampas baturras*, p. 207.

(22) *Limite infinito*, Salamanca, Editorial Celya, 2005, p. 19.

(23) CHEVALIER, Jean/GHEERBRANT, Alain, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Herder, 1995. p. 44.

se convierte en memoria de juegos y aventuras. Así aparece, por ejemplo, en la poesía de Enrique Villagrasa:

“...Con una rosa en la mano paseas y ves del sol el sol y del pueblo sus montañas; y del río que corre el agua que lleva, tras los juncos de tu infancia...”²⁴.

Y memoria es también el río como parte del paisaje que, de nuevo, evoca aspectos de la infancia en el siguiente poema del mismo autor:

“Calla Burbáguena.
La casa envejece.
Olor de membrillos
Camino de la vía.

El pueblo sesteá
y el Jiloca camina lento.

Nunca olvidaré
aquellos gestos infantiles
de las escolares rosas”²⁵.

En ocasiones, el agua puede aparecer en forma de lluvia, un elemento con sentido de “fertilización” y con el general de “vida”, de todas las aguas. El agua proviene del cielo y se relaciona con la luz, lo que produce que, en muchas mitologías, la lluvia sea considerada como símbolo del descenso de las influencias espirituales o celestiales sobre la tierra²⁶. En esta línea son varios los pasajes bíblicos en los que Yahvéh se compara con la lluvia de primavera, así como con el rocío que hace crecer las flores, a las aguas frescas que corren desde las montañas o al torrente que abreva²⁷. Lluvia hay cae, asimismo, en los versos de Vicente Benedicto, poeta de Monreal del Campo, una lluvia que penetra en las galerías interiores del alma, generando un tímido, pero inequívoco misticismo:

“Llueve...
Llueve sobre las apaisadas praderas
de mi alma...”²⁸.

(24) *Ibidem*, p. 37.

(25) VILLAGRASA, Enrique, *Silaba del anochecer*, Zaragoza, Imprenta provincial de Zaragoza, 2000, p. 16.

(26) *Diccionario de símbolos*, ob. cit., p. 288.

(27) CHEVALIER, Jean/GHEERBRANT, Alain, *Ob. Cit.*, p. 54.

(28) *Bajo el prisma de la pasión*, Valencia, Editorial Tetragrama, S.L, 2002, p. 25.

Por su parte, también los poemas de E. Villagrasa aluden a la lluvia, una bendición que genera fragancias mediterráneas que embelesan el espíritu. Por lo que una vez más el agua es inspiración y recuerdo. Metáforas que se plasman también en algunos poemas de Vicente Benedicto, en cuanto que el agua es un término real que se identifica con el paraíso infantil de la España interior, en Teruel, y el de la madurez, con esencias y fragancias mediterráneas, que es el espacio levantino que, en la actualidad, residen. La lluvia es, asimismo, tristeza en otra poeta de Monreal: Ana Fuertes Sanz. Una tristeza producida por el hermano muerto:

“Me entristece la lluvia,
me entristece que llueva
y que tú te hayas ido
y que hay un arcoiris
en el cielo que habitas
que procuro tocar, y que no alcanzo,
que procuro besar, y que no puedo”²⁹.

Y ante el dolor bien puede funcionar la evasión, sumida el alma rota en el agua y en el sueño, parentesco tan grato a Bachelard. Basta comprobar el maridaje en otros versos de Ana Fuertes:

“En la tarde me escapo entre las aguas.
Las horas me despiertan a tu lado...”³⁰.

No vano el agua es el elemento que hace florecer las esperanzas; brotar la savia, la vida, el deseo, la caricia.

“Es ahora,
ahora que te escucho acariciando
el agua, suspirando en mis sueños,
es cuando más entiendo que te has ido”³¹.

Con frecuencia, también los ríos y otros elementos geográficos forman parte del imaginario colectivo nacionalista de un grupo humano, de la identidad de un pueblo. Ni que decir tiene que esto es así, mucho más que en otros sitios, en Aragón con el Ebro, un río en sempiterno objeto de litigio con otras comunidades autónomas. El Ebro, junto con El Pilar, forman parte consustancial de la llamada “identidad aragone-

(29) FUERTES SANZ, Ana, *Abandono la tierra*, Ayuntamiento de Teruel, 1997, p. 11.

(30) *Ibidem.*, p. 8.

(31) *Ibidem.*, p. 24.

sa”³². Ambos caminan estrechamente de la mano, como elementos aglutinantes de una comunidad humana. Eso es lo que ocurre, de nuevo, en los versos de Adelino Gómez Latorre. Y en los de un poeta de Monreal del Campo, Lucas A. Yuste, para quien el río de su pueblo, el Jiloca, es testigo dramático de acontecimientos tan tristes como la última guerra civil española, un hecho que ha marcado a tantas generaciones de españoles como la del mismo Yuste:

“Ay, Jiloca, cuanta pena
lloraste desde tu fuente:
estaban las dos Españas
matándose frente a frente”³³.

Por otra parte, el amor a su pueblo hace que Lucas A. Yuste se dirija a él con la tópicamente acuática: “*agua viva que mi sed no apaga*”. Y eso, a pesar de haber bebido en fuentes cuyas aguas alivian a las flores y producen nostalgia:

“Bebiendo agua de la fuente
siento la fresca fragancia
que ya creía perdida
con el tiempo que se fue:
media vida de mi vida
que en otros sitios dejé”³⁴.

De nuevo, una vez más, el agua de la Comarca del Jiloca, de sus ríos, de sus fuentes, invita a recordar. Todo fluye, pasa, pero retorna. Porque el agua es la misma y distinta. El río de la vida.

(32) ORTIZ-OSÉS, Andrés, *La identidad cultural aragonesa*, Alcañiz, Centro de Estudios Bajoaragoneses, 1992, p. 54.

(33) HERNÁNDEZ BENEDICTO, José, Lucas A. Yuste Moreno. Poeta de Monreal del Campo, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1998, p. 17.

(34) *Ibidem.*, p. 80.

Bibliografía

- BACHELARD, Gaston. (1978): *El agua y los sueños*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BENEDICTO, Vicente. (2002): *Bajo el prisma de la pasión*, Valencia, Editorial Tetragrama, S.L.
- CHEVALIER, Jean; GHEERBRANT, Alain. (1995): *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Herder.
- FUERTES SANZ, Ana. (1997): *Abandono la tierra*, Ayuntamiento de Teruel.
- GARCÍA DE LA ROSA, A. (1999): *El canto de la Laguna*, Zaragoza, Mira Editores.
- GODOY, Augusto. (1932): *Notas históricas y Novenario de Nuestra Señora de las Cuevas*, Zaragoza, Imprenta Berdejo Casañal.
- GÓMEZ DOMINGO, Gregorio A. (2002): *Un lugar para el amor*, Teruel, Aragón vivo.
- GÓMEZ LATORRE, Adelino. (1973): *Romancero aragonés*, Valencia, Imprenta Renacimiento; (1945): *Nuevas estampas baturras*, Valencia, Imprenta Nácher-Milagro.
- HERNÁNDEZ BENEDICTO, José, Lucas A. (1998): *Yuste Moreno. Poeta de Monreal del Campo*, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.
- JUNG, C. G. (1982): *Símbolos de transformación*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- LÁZARO POLO, Francisco. (2006): *Crónica del Teruel extraño*, Zaragoza, Ibercaja; (1999): *El bardo de la memoria. Mitos, leyendas y narraciones turolenses*, Teruel, Aragón Vivo Ediciones.
- ORTIZ-OSÉS, Andrés. (1992): *La identidad cultural aragonesa*, Alcañiz, Centro de Estudios Bajoaragoneses.
- VILLAGRASA, Enrique. (2005): *Límite infinito*, Salamanca, Editorial Celya; (1998): *Fragmentos*, Cambrils, Trujal Ediciones; (2000): *Silaba del anochecer*, Zaragoza, Imprenta provincial de Zaragoza.